

Diego
Arboleda

papeles

Raúl
Sagospé

arrugados

¡Un misterio que te
dejará patidifuso!



*
* Elegante *
* hilarante y
rimbombante!
*

ANAYA

© Del texto: Diego Arboleda, 2012
© De las ilustraciones: Raúl Sagospe, 2012
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición: octubre de 2012

ISBN: 978-84-678-2887-0
Depósito legal: M-29592-2012
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Diego Arboleda

papeles arrugados

Ilustraciones de
Raúl Sagospe



ANAYA

Índice

Un papel arrugado	7
Un tranquilo día de primavera	10
El niño que tenía el nombre que no debía tener ..	13
La niña que soñaba demasiado	19
¿Cómo cazar a un monstruo?	24
El niño que leía los cuentos que no debía leer	31
Un cuento que son muchos cuentos	37
Ha sabido verlo claro	46
Ya no quiso ser suegro	57
El hombre del globo	63
Los papeles arrugados	71
Un lugar especial	74
La almohada	78
El balneario	83
Ningún monstruo	96
La explosión	103
El cuento de Crisóstomo	115
Extraños comportamientos	127
A la luz de la luna	131
La noche siguiente	137
El balneario funciona de nuevo	147
El cuento de Jáimel y Gretel	153

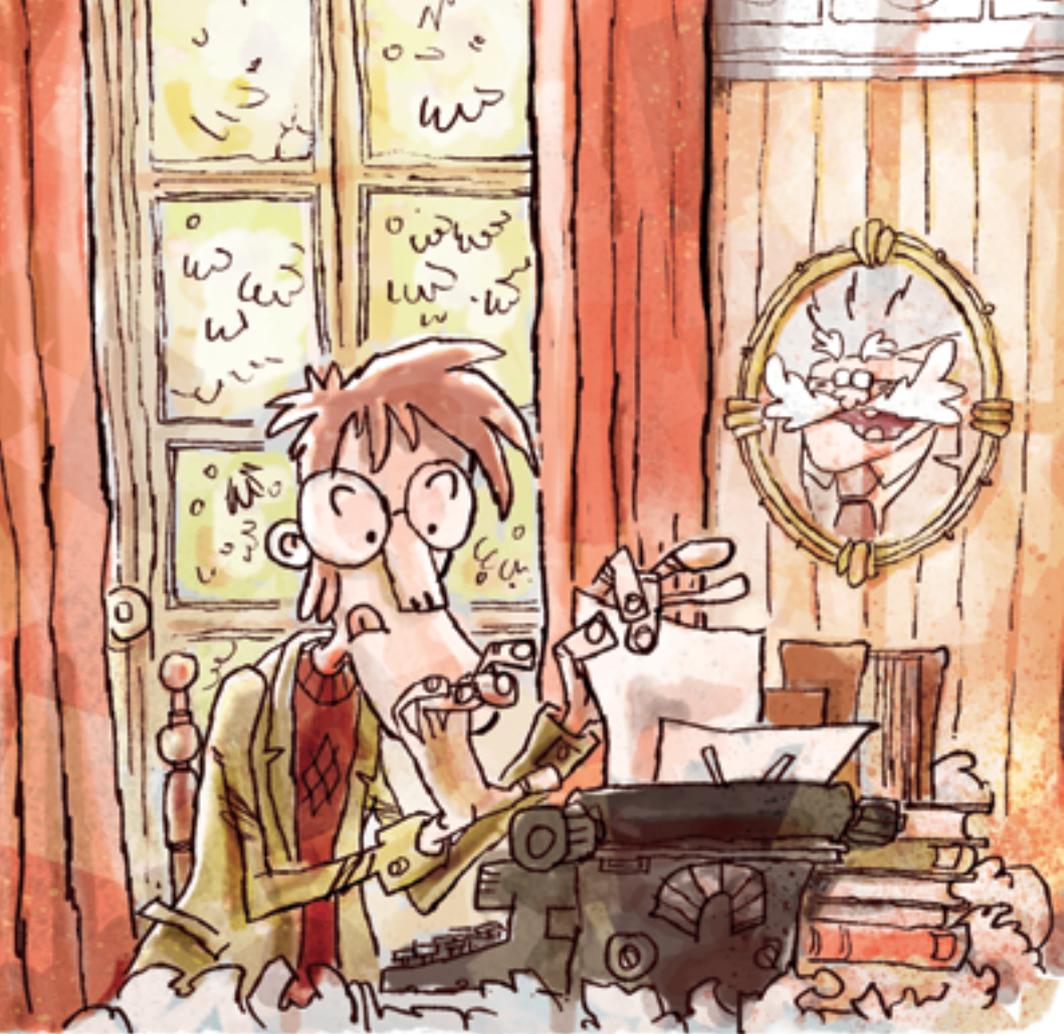
*Como veis, el primer dibujo es solo un papel,
pero no es cualquier papel, es...*



Un papel arrugado

¿Qué tiene de especial un papel arrugado? Nada o todo: porque hasta que no lo abres no sabes lo que hay dentro.

Es como un pequeño meteorito, un cofre diminuto que podría esconder alguna extraña joya, es uno de los puños cerrados que tu madre te ofrece diciendo: elige. Tú eliges uno, y has acertado, tu madre despliega la mano y hay un caramelo, una uva o un bombón. Pero no puedes irte hasta que se abre la otra mano, porque es una mano cerrada que podría tener algo dentro, igual que un papel arrugado.



La profesión del padre de Jaime y Greta variaba según quién la definiera en la familia. Su madre decía que era escritor profesional, su abuelo afirmaba que era un vago, también profesional. Jaime sospechaba que en realidad ambos se referían al mismo tipo de trabajo, pero quizá desde el punto de vista del abuelo Crisóstomo, que era director de un im-

portante balneario en el norte, un vago y un escritor venían a ser lo mismo.

Por su parte, la pequeña Greta estaba convencida de que la ocupación de su padre era arrugador de papeles.

Lo observaba aporrear las teclas circulares de su máquina de escribir Remington, a sorprendente velocidad, acelerando hasta que, de repente, frenaba en seco.

Su boca entonces se llenaba de insultos y maldiciones que le inflaban los carrillos hasta que no podía aguantarlos más, y entonces se le escapaban, arrancaba la hoja de la máquina de escribir, la arrugaba con ira y la arrojaba hacia el fondo de la sala. Y mientras los insultos volaban por la ventana describiendo espirales hacia el cielo de Madrid, el papel arrugado caía al lado de Greta dando dos pequeños botes, sin apenas sonido.

—No lo toques.

—¿Por qué? —preguntaba Greta.

—Porque estos papeles arrugados esconden lo peor y si los abres lo peor te estallará en la cara.

Pero era tan difícil no abrirlos.



*El segundo dibujo es un monstruo,
el monstruo que llegó al Balneario
de Melancólicos al atardecer...*



Un tranquilo día de primavera

Cruzó el jardín hecho un torbellino de pupilas, patas y dientes, se adentró entre los pinos, subió la montaña hasta llegar al pequeño claro que la corona y allí lanzó el alarido más terrible que se ha escuchado jamás.

Lo vio Matías Topo, el jardinero, y sus ojos se convirtieron en dos lentejas negras y minúsculas que temblaron tras los gruesos cristales de sus gafas.

En aquel balneario habían pasado largas temporadas de descanso las familias de ricos propieta-

rios, matrimonios de marqueses, duquesas y hasta reyes, pero ahora, en la primavera de 1937 y con el país en guerra, no era más que un edificio olvidado entre las montañas, y en él tan solo quedaban el director Crisóstomo, algunos viejos empleados —concretamente la cocinera, el *maître*, la doncella— y Claudine, una joven pianista francesa.

Y ninguno de ellos creyó a Matías.



—Lo he visto con mis propios ojos —protestó.

—Tus ojos ven muy mal, por eso te llamamos Topo —le replicó la cocinera, y esto era cierto.

—Era un monstruo, blanquinegro —explicó el jardinero—, tenía los ojos descolocados, y la lengua de pico, afilada como una espada.

—*C'est ne pas possible!* —exclamó la pianista.

—Fue un alarido terrible —insistió Matías, y añadió con tono bíblico—, tan terrible que el sol se tiñó de rojo sangre.

—Pero eso no es una razón, Matías —objetó el director—, en este valle el sol siempre se tiñe de rojo al atardecer.

Y esto también era cierto.



*Aquí tenemos un retrato de Jaime
recién nacido cuando era...*



El niño que tenía el nombre que no debía tener

—¡Cuentos chinos!
Este era el grito de guerra del abuelo Crisóstomo cuando visitaba en Madrid a los padres de Jaime y Greta.

Por ejemplo si la madre le explicaba con dulzura que ella nunca trabajaría en el balneario porque quería ser pintora. El abuelo miraba la habitación luminosa convertida en estudio, los pinceles, los lienzos, las paletas, las paredes llenas de bocetos, los trapos llenos de manchas de colores.

—¡Cuentos chinos!

Si el padre le aseguraba que el trabajo de escritor era un trabajo como otro cualquiera, con el que se podía mantener a una familia unida y protegida, el director caminaba en círculos en la biblioteca, repiqueteando con el bastón en los lomos de los libros, como un preso haciendo sonar las rejas de su celda. Miraba con odio la máquina de escribir Remington y exclamaba:

—¡Cuentos chinos!



Al igual que estas, eran muchas, casi todas, las conversaciones que podían acabar en discusión entre el padre y el abuelo Crisóstomo. El padre se dirigía a Crisóstomo con la expresión «querido suegro», expresión que tenía la habilidad de sacar de quicio al abuelo. El director, por su parte, se había hecho a sí mismo la firme promesa de no llamar nunca a su yerno por su nombre hasta que este se buscara lo que él consideraba «un trabajo de verdad».

De las múltiples discusiones en que ambos se enzarzaron, la más sonada de ellas tuvo a Jaime como protagonista. Y lo más curioso es que Jaime ni siquiera había nacido.

La tradición en la familia materna dictaba que los recién venidos al mundo debían ser bautizados con el nombre que les adjudicara el santoral. Así había sido durante generaciones, y esta era una norma de la cual el abuelo era no solo un fiel representante —había nacido un 13 de septiembre, festividad de San Juan Crisóstomo— sino también su más fiero defensor.



—Ni hablar, querido suegro —dijo el padre—. Conozco esa costumbre. Pero es una lotería absurda. ¿Ha echado usted un vistazo a los nombres que aparecen en el santoral? No pienso condenar a mi hijo a soportar de por vida ningún nombre ridículo.

El abuelo Crisóstomo alzó su bastón de forma amenazadora:

—¿Ridículo? ¿Tenía mi abuelo Dodolino un nombre ridículo? ¿Y mi tía Jocunda? Dime, escritorzuelo. ¿Zótico, el nombre de mi padre, te parece ridículo? ¿Y mis hermanos Exuperancio, Basilisa y Revocato?

El padre de Jaime creyó ver cómo pequeños rayos de electricidad salían de los bigotes de Crisóstomo y optó por no contestar a esas preguntas.

—Nos gustaría escoger un nombre que nos traiga buenos recuerdos —dijo señalando a los libros que se apretaban en las estanterías de su biblioteca—: como el de algún protagonista de un cuento.

—¿¡Cuentos!?! —rugió Crisóstomo—. ¿¡Mi nieto nombre de cuentos!?

El abuelo se giró hacia la madre y sentenció:

—No. Amelia, ese niño se llamará como uno de los nombres del santoral que coincida con su fecha de nacimiento, o no volveré a poner los pies en esta casa.

Y, quizá para demostrar que su advertencia era una amenaza seria, abandonó el edificio dejando tras de sí el eco de un portazo.

El escritor, o vago, o arrugador de papeles, arrugó en este caso el entrecejo. Pero cambió su gesto de enfado por el de sorpresa al mirar a su mujer: Amelia descansaba relajada, con los pies encima de un taburete, mientras utilizaba una de las agujas de punto para rascarse la espalda.



—¿Por qué estás tan tranquila?

La futura madre de Jaime se acarició esa curva en la que se escondía el futuro Jaime y sonrió:

—Porque mi nombre sí que te gusta.

—Sí... sí que me gusta —suspiró el padre, y añadió—. Pues nada, pequeñajo, te deseo suerte.

Y Jaime tuvo suerte. Nació un 25 de julio, día en que el santoral ofrecía todo tipo de nombres, unos más corrientes como Santiago (que según le explicó su padre en el fondo es lo mismo que Jaime) y también otros... Otros menos habituales, que automáticamente fueron los que más le gustaron a su abuelo.

—Jaime no es el nombre que debe tener, ¿y por qué no... Teodomiro, Magnerico o Cucufate? —sugirió Crisóstomo con los ojos en sombra mientras los bigotes se le tensaban peligrosamente.

Los padres de Jaime negaron con la cabeza.

—Pues al menos ponedle Santiago, que es un santo de fama internacional.

—Jaime y Santiago vienen a ser lo mismo.

El abuelo se resignó pero no pudo evitar mascullar entre dientes:

—Cuentos chinos...